

El cuento de la mujer-sonrisa

Elisa Arguilé ilustra con rotuladores una de las narraciones más intensas de la escritora Dorothy Parker

R eírse sin ganas produce infelicidad. ¿Por qué reír, entonces? En esa distancia entre lo que uno siente y lo que demuestra se encuentra todo un entramado social que dicta qué es lo que uno debe o debería ser. Ese entramado social puede ser especialmente cruel con las mujeres, al imponerles cómo deben mostrarse o cómo tienen que complacer a los demás. Dorothy Parker (1893-1967) supo captar esta cuestión con gran inteligencia y lejos de escribir un ensayo, un tratado o un eslogan su preocupación derivó en un relato que ha pasado a convertirse en uno de los más conocidos de entre los que escribió esta periodista estadounidense. El cuento *Una rubia imponente* narra la historia de Hazel Morse, una mujer con quien todo el mundo quiere estar cuando sonríe puesto que resulta encantadora pero que recibe un rechazo absoluto y generalizado cuando muestra lo que siente de verdad, esto es, vacío y tristeza.

La editorial NordicaLibros ha recuperado esta joya literaria que fue publicada bajo el título *Big Blonde* en los años 20 del siglo pasado y que incluye las ilustraciones que Elisa Arguilé ha ideado ex profeso. Arguilé ha utilizado la técnica del rotulador para dar forma a esta rubia imponente protagonista del relato, una mujer de caderas anchas y dientes blancos que se aferra a algunos hombres y al alcohol para soportar una existencia a la que no termina de encontrar sentido. Parker narra el declive que sufre Hazel Morse con una sencillez espeluz-

nante, puesto que bajo las oraciones simples y el estilo rápido se esconde la crueldad de lo narrado, la falta de humanidad con la que se topa la protagonista, una mujer-sonrisa, un florero a los ojos de los otros.

Dorothy Parker consiguió con *Una rubia imponente* el Premio O. Henry al cuento más sobresaliente en 1929. Si bien la autora destaca como narradora de historias cortas, ejerció también la crítica literaria y teatral en *Vanity Fair* y en *The New Yorker*. Además, fue miembro destacado de la escena literaria de Nueva York en la década de 1920. No en vano formó un grupo llamado Algonquin Round Table con el escritor Robert Benchley y el dramaturgo Robert Sherwood. Este grupo artístico también incluyó a miembros tales como el fundador del *New Yorker* Harold Ross, el comediante Harpo Marx y la dramaturga Edna Ferber, entre otros. Estas famosas veladas literarias, en el Salón Rosa del Hotel Algonquin de Nueva York, fue-

ron llamadas la Mesa Redonda por la prensa, aunque algunos las llamaban también el Círculo Vicioso.

La vida de la escritora estadounidense, al igual que la del personaje de *Una rubia imponente*, no fue fácil. Parker nació en una familia de cla-



Dorothy Parker destacó como narradora de historias cortas, pero también ejerció la crítica literaria y teatral

se media y destacó por ser una mujer inteligente, lúcida y moderna, una avanzada en su tiempo, feminista y de izquierdas. Su vida, como la de Hazel Morse, estuvo llena de amantes (entre ellos F. Scott Fitzgerald) y amores frustrados así como de alcohol y varios intentos de suicidio. A lo largo de su vida adquirió un fuerte compromiso político. Durante la Guerra Civil española apoyó a la República y escribió varios reportajes desde el terreno. Además, estuvo en la lista negra de Hollywood durante la famosa caza de brujas.

Cuando murió, en 1967, de un ataque al corazón, tenía 73 años. Su muerte, con un gran impacto mediático, fue portada en *The New York Times*. Sin embargo, y dado que nadie reclamó sus cenizas, éstas se mantuvieron durante más de veinte años en el archivo de su abogado. Hoy sus restos se encuentran en la Asociación Nacional para el Desarrollo de las Personas de Raza Negra (NAACP) entidad a quien Parker nombró heredera, un símbolo clarificador de lo que fue su vida.

María R. Aranguren

Viñetas para reírse del trabajo

'La oficina en The New Yorker' recopila viñetas humorísticas dedicadas al trabajo y que fueron publicadas en el citado periódico

E l currela llega tarde al trabajo y tiene que pasar por delante de la oficina de su jefe. Si pasa, le verá con el abrigo puesto y se dará cuenta de que llega tarde. Por eso decide quitárselo y lanzarlo por encima de la puerta de la oficina de su mandamás y cruzar hacia su puesto como si llevara toda la mañana trabajando y tan sólo volviera de los servicios. *La oficina en The New Yorker* recopila viñetas publicadas en este periódico por más de 50 dibujantes, entre ellos, Alex Gregory, Ed Fisher, Barney Tobey y Danny Shanahan. Como advierte el editor, escritor y periodista Jean-Loup Chifflet en el prólogo, el libro bien podría haberse subtita-



do "Todo lo que me hubiera gustado decir o hacer en el transcurso de mi vida profesional si no hubiera tenido miedo a ser despedido" o, también, "Todo lo que habría podido ver u oír en algunas oficinas si hubiera sido invisible". Las viñetas son, tal y como reza el título, de oficina, así que están restringidas al trabajo a cubierto y predominantemente masculino, tal y como sucedía en las décadas de los 40 y 50, cuando fueron elaboradas y publicadas en su mayoría. Por aquél entonces, las mujeres sólo podían optar a las labores de secreta-

riado en ese tipo de espacios laborales o a esperar a sus maridos en casa y solicitarles, según el estilo humorístico presente en las tiras, explicaciones sobre su sueldo. Los dibujos de *La oficina en The New Yorker*, de trazo sencillo y en blanco y negro, están organizados por algunas áreas temáticas, como los conflictos laborales, la petición del aumento de sueldo o las reuniones de negocios. El trasfondo sigue vigente hoy día en la mayor parte de los casos, en especial en una de las viñetas en las que un directivo ha llamado a su despacho a un empleado. Colocado en su silla, bastante más grande y alta que la del trabajador, le plantea una pregunta de fácil y amarga respuesta: "Veamos, Jim, ¿dónde te ves en diez minutos?".



M. R. A.

«Veamos, Jim, ¿dónde te ves en diez minutos?»